

ISBN 978-950-33-1642-9

Edición de
GABRIELA MILONE
FRANCA MACCIONI
SILVANA SANTUCCI

Imaginar/hacer.

Ficciones teóricas para la
literatura y las artes
contemporáneas



Imaginar / hacer

Ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas

Edición de

Gabriela Milone
Franca Maccioni
Silvana Santucci

**Colecciones
del CIFYH**



Imaginar-Hacer: ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas / Gabriela Milone... [et al.]; editado por María Gabriela Milone; Franca Maccioni; Silvana Santucci. - 1a ed compendiada. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1642-9

1. Literatura. 2. Arte Contemporáneo. I. Milone, Gabriela. II. Milone, María Gabriela, ed. III. Maccioni, Franca, ed. IV. Santucci, Silvana, ed.

CDD 809.305

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Julieta Cuervo

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



#ARQUÍA FÓNICA

La fabulación del origen de las lenguas

Dra. Gabriela Milone*

La lengua está adentro de la boca. La boca se abre y la lengua se expone. Adentro de la boca guardamos el origen de las cosas dichas. Un origen carnal, muscular, nervado. La boca: infancia e historia, potencia del habla en el decir y en lo dicho. J-P Brisset y Villamil da Rada: dos teorías del siglo XIX, situadas en Francia y Bolivia, respectivamente. En ambas podemos entrever un mismo postulado de base: el latín es una lengua artificial, no existe. No al menos como “origen” de nuestras lenguas. En cada lengua habita la arquía fónica que se expone en acto: el sonido es carne, encarnado.

Brisset, con su lógica *otra* del tiempo originario, sostenía que, en la misma línea de la imaginación teórica darwiniana, si en el mundo del agua todo era silencio (o sonido sordo, boca cerrada), quienes primero salen al aire y abren la boca, y con ello in-auguran el mundo sonoro, son las ranas. Nuestra lengua es, antes que latina, anfibia. Late húmeda en el aire tibio. Agua fónica. “Todas las palabras que vamos a analizar las sacaremos de tu boca, lector”, advierte Brisset, lingüista de las bocas antes que de las lenguas. No necesita la supuesta historia de las lenguas, mucho menos la ficción nunca hablada del indo-europeo: basta con la constatable infancia de la lengua batiendo en la boca, en cada boca, desde el inicio de los tiempos. Esa es su *gramática lógica*, su *ciencia de dios*, sus *orígenes humanos*. Porque ir al origen no implica atomizar las palabras buscando una raíz común; más bien significa amplificar, proliferar, ramificar los sonidos, saltar de charco en charco, de sonido en sonido. Entre los términos *origen* e *imaginación*, Brisset expone toda una etimología estereofónica fabulada entre *oris*, *agua*, *imagen*. *Origine*, *imagine*, *gime el agua en la imagen del himen*. *Oris río*, boca agua, ima-gina el margen limado de lo ori-gina-rio. Las palabras no son casos a descomponer morfo-semánticamente, son cosas a extender homofónicamente. El sonido no se analiza, se amplifica. Y resuena en las palabras a lo largo del tiempo. La historia de la lengua en la boca no es un

* Instituto de Humanidades, CONICET.
gabriela.milone@unc.edu.ar

relato de variaciones sucesivas, es un teatro fónico de variaciones ondulantes. En cada uno de nuestros gritos se actualiza la arquía fónica común, el mismo gesto sonoro de apertura de la boca. El latín es el idioma de los opresores; la lengua, nuestra lengua, es otra cosa. Dice Brisset: “el espíritu de la palabra es el mismo en toda la tierra y en todos los mundos habitados. Incluso los *argots* más bárbaros son gritos venidos de los ancestros, porque están desde hace millones de años, impulsando todos los alaridos posibles, tanto que ninguna combinación les ha sido extraña.”

Villamil da Rada, quien declara tener un propósito menos lingüístico que antropológico, sostiene que “el historiador de todo esto” es “Uno viviente. La misma lengua. Ella responde todo. Pregúntesele”. La lengua dice: “Soy la encarnación verboferente. No tuve infancia, así como no tengo decrepitud. Soy la lógica en enunciación, un todo íntegro y completo”. Esa lengua viva, que habla en primera persona, es la lengua del Edén: más precisamente, es el aymará. Lengua primitiva viva, “documento hablante”, sus nombres tienen sonidos guturales y eufónicos más onomatopéyicos que otros, lo cual la hace edénica en todas sus formas. Vale decir: el Edén no existió, sino que *existe*, habla en Aymará y está en Bolivia. La pluralidad de lenguas no se debe a Babel sino a las migraciones que han llevado el aymará a los distintos lugares de la tierra. Si logramos remontar el camino de esas migraciones y garantizar el acceso a la zona mediante un trazado de vías de ferrocarriles (eso proponía Villamil), quedará abierta al mundo la región edénica. No se trata de un proyecto turístico, sino de un plan de lingüística sincrónica total: el Edén está en el presente, y La Lengua no es ni una lengua que habló uno solo, ni es una lengua única perdida, ni está muerta. Desandando el camino, llegamos a la tierra de la lengua total, que se habla en presente, que está viva con una vida que desconocemos: sin infancia y sin vejez. La lengua no es un organismo que nace, se desarrolla y muere; la lengua es una vida *otra*, sin origen ni fin, un presente continuo, un Edén increado, perenne. “Más que filología, es filosofía y espíritu de las lenguas”, dice Villamil. Al pie del Illampu, en su ciudad natal, Sorata, se localiza el Edén y allí están las raíces del aymará, “ovario perenne de la lengua”. Hay que buscar esas raíces, hacerlas brotar mediante las pruebas de los “parecidos sonoros”. Compañero americano de Brisset, Villamil también procederá por homofonías, aunque se cuidará de no incurrir en lo que llama “atletismo literario” en sus análisis, y en su

trabajo procederá desde lo que llama “irradiaciones glosológicas del aymará a otras lenguas”.

Estas dos teorías del origen de las lenguas son presentadas por ambos estudiosos, cada uno a su turno, Brisset y Villamil, como la Verdad de la que, si ellos lograran avanzar en sus investigaciones y alcanzar el reconocimiento de sus pares, todos y todas sacaríamos provecho. Lo que sí podríamos decir hoy, antes que descalificar estos estudios como locuras decimonónicas alimentadas por la fiebre positivista, es que efectivamente disputan su parte de verosimilitud en la ficción teórica del origen de las lenguas. Porque sabemos, Benveniste nos lo recuerda, que “siempre propendemos a esa figuración ingenua de un período original en que un hombre completo se descubriría un semejante no menos completo, y entre ambos, poco a poco, se iría elaborando el lenguaje. Esto es pura ficción. Nunca llegamos al hombre separado del lenguaje ni jamás lo vemos inventarlo”, dice Benveniste. Entre esas ficciones ¿por qué habríamos de postular como más verosímil el que haya un mono en lugar de una rana en el origen, o que el Edén sea una tierra ilocalizable en lugar de que pueda domiciliarse en el altiplano andino? Lo que además resulta interesante es que las ficciones teóricas de Brisset y Villamil serían de algún modo antibabélicas, en la medida en que afirman la unicidad de la lengua ya sea en su origen anfibio, ya sea en su pertenencia al aymará. Y al ser antibabélicas, también en algún punto podríamos pensarlas como anti-históricas, o mejor, anti-progreso: la lengua única no se ha fracturado, las lenguas no mueren, el latín como *prima lingua* no existe, no hay un principio ubicable en la historia que nos permita analizar nuestras palabras, ni el Sánscrito es la lengua madre ni el indo-europeo es la lengua virtual que se actualizaría en las raíces de nuestras lenguas históricas. Estas ficciones teóricas no comenzarían con un “en el origen” como un tiempo (más o menos delimitado) que habría que ir a buscar hacia atrás. Comenzarían con un “en el origen” situando el origen en presente, en cada boca que se abre. Y desde ahí habla con una lengua húmeda y altiplana, plena en lo alto de una historia *otra* hecha menos de evoluciones que de concomitancias. En cada boca, todas las bocas. En cada lengua, todas las lenguas. En cada hablante, todas las ranas. En cada palabra, la raíz del Edén.

Bibliografía

Brisset, J-P. (2016). *El grito de las ranas* (e-book). Córdoba: Plástico sagrado.

Villamil Da Rada, E. (1988). *La lengua de Adán y el hombre de Tiaguanacu*. La Paz: Archivo y Biblioteca nacionales de Bolivia.